
ENTRE EL PRAGMATISMO Y EL PANSEMIOLOGISMO. NOTAS SOBRE LOS USOS (Y ABUSOS) DEL ENFOQUE CUALITATIVO EN SOCIOLOGIA

Luis Enrique Alonso Benito
Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN. Este trabajo trata de ser un análisis en profundidad de los campos de aplicación del análisis cualitativo en Sociología. Se investigan así los niveles de la realidad social que tal enfoque puede cubrir con efectividad, demarcando los procesos sociales simbólicos en su riqueza y complejidad. Se pasa después a argumentar sobre las cautelas lógicas a tener en cuenta en la aplicación de disciplinas como el psicoanálisis, la semiología o la metodología lingüística en la práctica sociológica, así como se advierte del peligro de reducir el análisis multidimensional de la realidad social a un simple y engañoso pansemilogismo que reduce la acción social a un puro reflejo de estructuras lingüísticas o simbólicas autónomas.

El enfrentamiento entre lo cuantitativo y lo cualitativo en sociología es tan viejo como radicalmente inútil. Presentar como sustitutivos y excluyentes enfoques cuya naturaleza complementaria y acumulativa se encuentra no tanto en la construcción técnica de los métodos como en la diversidad de niveles en los que se articula el objeto de conocimiento de la sociología, es tratar de imponer como único, necesario o hegemónico un determinado estilo de hacer sociología, despreciando no sólo la capacidad de ambos enfoques para ofrecer resultados plausibles, precisos o relevantes, sino también el hecho de que ambos enfoques tienen *espacios de cobertura* de la realidad social absolutamente distintos.

Este aspecto fundamental ha sido destacado recientemente por Alfonso Ortí

en un importante y esclarecedor artículo¹ sobre las técnicas no estadísticas y su aplicación a la sociología. Allí Ortí parte de la diferencia, dentro de una única realidad social general de, por una parte, una *realidad fáctica* estructurada por hechos sociales externos —en el sentido durkheimiano que se le atribuye normalmente al término—, cuyo tratamiento estadístico-cuantitativo genera —añadimos nosotros— *datos* (fragmentados, operables aritméticamente, asépticos, externos al investigador y a los investigados, etc.); y, de por otra parte, una *realidad simbólica* estructurada por significaciones y símbolos que formaría eso que Ernesto Laclau y Chantal Mouffe han llamado *campo de la discursividad*² y cuyo tratamiento es fundamentalmente comunicativo, lingüístico y semiológico.

He aquí, por tanto, el campo específico de aplicación del enfoque cualitativo en sociología: el estudio de *los discursos*, entendiendo por discurso —seguimos utilizando a Laclau y Mouffe³— un conjunto *articulado* de prácticas significantes, no sólo las prácticas lingüísticas en sentido estricto, siendo cada proceso concreto de articulación el que fija, inestable y parcialmente —debido al carácter abierto de lo social—, el significado de cada discurso en la infinitud del campo de la discursividad.

Si el enfoque cuantitativo nos sitúa en la dimensión *individual* de la realidad social —el hecho social como sumatorio de conductas individualizadas, aunque no aisladas—, el enfoque cualitativo nos coloca ante la dimensión *grupal* de los procesos sociales: individuos interconectados no simétricamente por discursos, codificaciones en forma de lenguajes, condensaciones simbólicas nunca desarticulables en elementos, sino estudiables como totalidades concretas, etc.

Toda *situación comunicativa* establece, por tanto, una relación entre lo social y lo verbal, como un proceso de reproducción y constitución de una realidad en la cual participan tanto la acción social, en su sentido más amplio, como la verbal. Esto nos lleva a rechazar la versión meramente instrumentalista del lenguaje, en la que se convierte en un simple útil para la comunicación entre agentes de una manera puramente formalizada, inequívoca y automática (lo que sería restringir todo lenguaje a lenguaje denotativo o —como dice Alfonso Ortí— a lenguaje informático) y aceptar, junto con Bourdieu, que la acción simbólica discursiva reproduce y, a su vez, transforma las relaciones de poder. Según el propio Pierre Bourdieu: «si es legítimo tratar las relaciones sociales —y las mismas relaciones de dominación— como interacciones simbólicas, es decir, como relaciones de comunicación que implican co-

¹ Alfonso ORTÍ, «La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta y la discusión de grupo», en Manuel GARCÍA FERRANDO, Jesús IBÁÑEZ y Francisco ALVIRA (comps.), *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*, Madrid, Alianza, 1986, pp. 153-185.

² Ernesto LACLAU y Chantal MOUFFE, *Hegemony and socialist strategy. Towards a radical democratic politics*, Londres, Verso/New Left Books, 1985, p. 111.

³ *Ibidem*, pp. 105 y 113.

nocimiento y reconocimiento, se debe procurar no olvidar que las relaciones de comunicación por excelencia que son los intercambios lingüísticos son también relaciones de poder simbólico donde se actualizan las relaciones de fuerza entre los locutores o los grupos respectivos»⁴.

El análisis cualitativo enfoca, de esta manera, los procesos sociales como *procesos de producción de signos*, lo que implica, en primer lugar, un análisis lingüístico y semiológico de los fenómenos comunicativos en cuanto que representan lo que ha llamado Lacan *cadena de significantes*, esto es, en cuanto que el significado —el sentido o contenido conceptual de una declaración— aparece no sólo por una relación en proporción de uno a uno, entre el significante y el significado, entre la materialidad de la lengua —una palabra o un nombre— y su referente o su concepto, sino también y fundamentalmente por una relación de significantes entre sí⁵.

Pero, en segundo lugar, la visión cualitativa en sociología trasciende el campo del signo —y de sus disciplinas anejas: la lingüística y la semiología— para entrar en el campo de las *representaciones simbólicas* sensibles y concretas capaces de evocar o inducir no tan sólo respuestas psicológicas más o menos estables, sino, sobre todo, la reorganización constante, permanente e inestable de la cultura o universo simbólico del grupo social de referencia; entramos, por tanto, en el terreno del psicoanálisis y del análisis antropológico de la cultura, al menos en la antropología estructural: «Lo simbólico es el orden del lenguaje y, más radicalmente, el *orden* mismo; es exactamente la definición de *cultura* en la antropología estructural de Claude Lévi-Strauss»⁶.

Vehículos para la representación de objetos y deseos, *los símbolos* constituyen aquellos *signos* cargados proyectiva o transferencialmente de sugerencias afectivas o significativas que «tienden a desbordar infinitamente lo que capta la percepción inmediata»⁷. Precisamente por ello el campo simbólico puede ser considerado como la forma y el nivel de la comunicación con mayor grado de dinamismo, riqueza de matices e interés sociológico, pero a su vez constituye el lugar de más difícil formalización o sistematización. Sin duda la clave de la riqueza —no exenta, por otra parte, de ambigüedades y equívocos— del símbolo se encuentra en su carácter fundamentalmente *relacional* que abre al simple signo (definido por unas funciones representativas limitadas) a una multidimensionalidad significativa prácticamente inagotable:

⁴ Pierre BOURDIEU, *Ce que parler veut dire, l'économie des échanges linguistiques*, París, Fayard, 1982, pp. 13-14.

⁵ Jacques LACAN, *Écrits*, París, Seuil, 1966, pp. 499 y ss.

⁶ Catherine B. CLÉMENT, «Suelo freudiano y mutaciones del psicoanálisis», en AA. VV., *Para una crítica marxista de la teoría psicoanalítica*, Buenos Aires, Granica, 1974, p. 108.

⁷ Georges THINES y Agnès LEMPEREUR, *Diccionario general de ciencias humanas*, Madrid, Cátedra, 1978, p. 829. Cfr., también, Oswald DUCROT y Tzvetan TODOROV, *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, Madrid, Siglo XXI, 1983, p. 124. Desde el punto de vista psicoanalítico, Pierre FEDIDA, *Diccionario de psicoanálisis*, Madrid, Alianza, 1979, p. 158; allí encontramos: símbolo = signo concreto que evoca algo ausente o imposible de representar.

«los símbolos configuran un sistema de múltiples estratos, unido por una vasta red de relaciones de sentido transversal, longitudinal y diagonal. La ensambladura del mensaje puede ilustrar esto. Cada operación con un símbolo repercute en el sistema de símbolos»⁸.

Esencialmente desde el punto de vista de la dimensión simbólica de toda comunicación social se puede hablar de dos funciones básicas de todo símbolo: la *cognitiva* —en cuanto que todo símbolo es también un signo con una función referencial, transmisora de conocimientos— y la *afectiva* (o, utilizando el vocabulario psicoanalítico, *libidinal*, que pone en juego una mayor resonancia *pulsional*, preconsciente o inconsciente en el receptor del mensaje). Doble función del símbolo que, a su vez, tiende a corresponderse con las dos formas de simbolismo que habitualmente se tienden a enunciar⁹, y que son: el *simbolismo presentativo* y el *simbolismo discursivo*. Empecemos por esta última: el simbolismo discursivo consistiría simplemente en el simbolismo articulado, *textual*, de los lenguajes más o menos formales; el simbolismo presentativo es el correspondiente al ámbito de lo no decible, ese «más allá lógico», que tiende a escapar a la reducción significativa, y cuyo ámbito abarca el mito, la música, las artes plásticas, etc.¹⁰. De modo particular, el simbolismo presentativo se caracteriza por una mayor relación con las emociones, encontrándose saturado de afectividad, siendo capaz de suscitar transferencialmente amor, miedo, placer, odio, etc.; de aquí procede esa capacidad de *evocación* múltiple o sobrerrepresentación propia del símbolo presentativo que lleva a encerrar en un solo signo o figura —una bandera, una marca, un diseño, un objeto, un logotipo, un anagrama, una simple forma— una amplia y abierta cadena de significaciones: «El símbolo presentativo se caracteriza por el hecho de que muchos conceptos pueden compendiarse en una única expresión total, sin que a tales conceptos correspondan partes constitutivas de ésta. El psicoanálisis llama a esta propiedad descubierta por primera vez en el simbolismo onírico, *condensación*»¹¹.

Ambas formas de simbolismo (*texto y formas sensibles*) están presentes en toda comunicación social, sugiriendo en los mensajes mucho más de lo

⁸ Alfred LORENZER, *Crítica del concepto psicoanalítico de símbolo*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, p. 95.

⁹ *Ibidem*, pp. 51 y ss.

¹⁰ Para un análisis en profundidad de diferentes formas de este simbolismo, que van desde el mito a la música, puede verse Claude LÉVI-STRAUSS, *Mito y significado*, Madrid, Alianza, 1987, especialmente el último y, a nuestro modo de ver, más importante trabajo, «Mito y música», pp. 67-78. Otra presentación interesante del problema del simbolismo desde un punto de vista antropológico se encuentra en Mary DOUGLAS, *Simbolos naturales*, Madrid, Alianza, 1978.

¹¹ LORENZER, *Crítica...*, op. cit., p. 52. Dice, por su parte, WILDEN, en su *Sistema y estructura*, Madrid, Alianza, 1979, p. 9: «Freud fue el primero que vio el mecanismo de la condensación en el simple hecho de que el sueño por sí mismo es mucho más breve y más comprimido que su representación verbal (el texto del sueño). Los sueños son "lacónicos", como lo es el texto mismo si lo comparamos a su interpretación ulterior. La condensación representa el "punto nodal" del sueño.»

que parecen decir a nivel manifiesto —y que podríamos descubrir mediante un análisis positivista, desintegrador y cuantificador del mensaje en cuestión—, esto es, confiriendo a los mensajes una especial *eficacia simbólica*¹², concepto esencial en la antropología estructural de Lévi-Strauss y que la psicoanalista francesa Catherine Clément ha acotado de la siguiente manera:

«Lo que juega en todos los casos en los que interviene el psicoanálisis es la *polisemia*: cada palabra es portadora de una plurivalencia de significaciones, ninguna tiene un solo sentido fijo. Esto quiere decir que el *malentendido* es la ley del lenguaje, porque el ser equívoco forma parte de su naturaleza (...) La eficacia simbólica es resultado de la polisemia del lenguaje, la consecuencia de las transformaciones incessantes que sus equívocos hacen posible. Esta eficacia nace con Freud; es parte integrante de la noción misma de *cultura*, en el sentido de “sistema de signos”»¹³.

Es, por lo tanto, en este polisémico universo simbólico que se caracteriza por realizar un «ordenamiento del mundo de las cosas mediante el mundo de las palabras»¹⁴ donde encuentra su objeto particular de conocimiento el enfoque cualitativo en sociología, *decodificando* sistemáticamente los mensajes en sus niveles y fases sucesivas de estructuración simbólica, dentro del universo de representaciones y valores (desiguales, fragmentados, muchas veces enfrentados) de los grupos sociales de referencia.

Aquí ya no nos movemos en el *nivel manifiesto* de lo directamente observable, explicable, cuantificable y analizable mediante el registro y la operación estadística, ni tampoco en el *nivel latente* de las actitudes y las representaciones sociales, racionalmente analizables mediante un método comprensivo que reconstruya *el sentido* de las acciones de los actores dentro de los sistemas sociales que conforman. Ahora nos encontramos en el *nivel profundo* de lo social, en el campo de lo no verificable, pero interpretable mediante la atribución de un sentido oculto o encubierto a lo que son símbolos afectivamente cargados, siendo *las motivaciones* —actitudes motrices del comportamiento del actor social, profundas, difusas y difícilmente verbalizables que se asientan sobre valoraciones, creencias y deseos en lo imaginario colectivo— y *las imágenes* —condensaciones simbólicas que articulan en una única representación, bien sea lingüística (la metáfora, o la metonimia), bien sea figurativa (todo tipo de mensajes icónicos), las pro-

¹² Cfr. Claude LÉVI-STRAUSS, «La eficacia simbólica», artículo recogido dentro de su monumental *Antropología estructural*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1977, pp. 168-185.

¹³ Catherine CLÉMENT, «Suelo freudiano y mutaciones del psicoanálisis», art. cit., p. 57.

¹⁴ *Ibidem*, p. 56.

yecciones afectivas e intelectuales de los sujetos sobre la realidad social— las categorías básicas para el estudio de la conducta social¹⁵.

Así si el enfoque cuantitativo estudia los fenómenos sociales *en extensión* —dice Alfonso Ortí¹⁶—, número total de casos, frecuencias de un determinado fenómeno en un colectivo, correlaciones estadísticas registrables entre los distintos fenómenos o entre los distintos aspectos «desagregables» en un mismo fenómeno, etc., *produciendo*¹⁷ más que recogiendo datos, cuya legitimación se obtiene por la precisión estadística de las técnicas que se utilizan para ser manipulados. El enfoque cualitativo, por el contrario, utiliza métodos de observación e interpretación directa —o en *intensidad*—, concentrándose en el análisis exhaustivo y la interpretación de todos los aspectos significativos (en todos sus niveles de profundidad) de una serie limitada de casos, perdiendo la base y la legitimidad estadística —perdiendo, en suma, precisión— para ganar densidad y calidad informativa —o, si se quiere seguir utilizando más o menos propiamente la clásica contraposición frankfurtiana, ganar relevancia—. De todas formas —insiste Ortí¹⁸— el carácter de no estadístico del enfoque cualitativo no debe ser confundido, en ningún caso, con el carácter no empírico, más bien todo lo contrario, lo cualitativo recoge y recupera la significación más pura del término empirismo —de un *empirismo concreto*, eso sí, frente al empirismo abstracto¹⁹ del enfoque cuantitativo—, esto es, el conocimiento inmediato y concreto de las cosas adquirido por el *trato personal* con ellas.

Este concepto de empirismo concreto nos conduce directamente a dos de las características fundamentales de *las técnicas* cualitativas aplicadas a la sociología: 1) son técnicas en las que prácticamente desaparece la mediación instrumental entre investigador y grupos sociales investigados, el acercamiento —incluso físico— entre ambos no es tanto un acto de «buena voluntad sociológica» como de auténtica necesidad de cara a la obtención de resultados plausibles; 2) directamente derivadas de la condición anterior, se puede decir que las técnicas cualitativas son fundamentalmente procesos de *intervención sociológica* o, si se quiere utilizar el término acuñado por el análisis institucional francés²⁰, de *socioanálisis*.

En cuanto al primer punto queda suficientemente aclarado con las siguientes líneas del aquí repetidamente citado Alfonso Ortí:

¹⁵ Alfonso ORTÍ, «Metodología y técnicas cualitativas en la investigación del comportamiento turístico», en *Revista de Estudios Turísticos*, núms. 63-64, 1979.

¹⁶ ORTÍ, «Metodología...», pp. 220 y ss.

¹⁷ Cfr. Jesús IBÁÑEZ, «Las medidas de la sociedad», en *REVISTA ESPAÑOLA DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS*, núm. 29, enero-marzo 1985, p. 108, nota 44.

¹⁸ ORTÍ, «Metodología y técnicas cualitativas...», art. cit., p. 223.

¹⁹ Para el tema del empirismo abstracto como forma de hacer sociología es obligada la cita homenaje al inolvidable C. WRIGHT MILLS, *La imaginación sociológica*, México, Fondo de Cultura Económica, reimp. 1974, pp. 68-92.

²⁰ Véase, por ejemplo, con carácter de resumen, la pequeña pero densa obra de Georges LAPASSADE y René LOUREAU, *Claves de la sociología*, Barcelona, Laia, 3.ª ed., 1981, especialmente pp. 223 y ss.

«Ante todo, la primera y fundamental característica de las llamadas técnicas cualitativas al servicio de la interpretación motivacional profunda consiste en ser técnicas de observación directa —por ejemplo “entrevistas abiertas” y “reuniones de grupos”— que entrañan un contacto vivo, esto es, una cierta interacción personal del investigador con los sujetos y/o grupos investigados, en condiciones más o menos controladas. Igualmente, hay que partir del hecho, casi obvio, de que el calificativo de “cualitativas” se les suele aplicar a estas técnicas (como una connotación en parte negativa: la de no ser “cuantitativas”), porque desentendiéndose —en principio— de cualquier forma de “medida” de opiniones y/o actitudes, y no aspirando a “producir” ningún “dato métrico” referente a la conducta de los sujetos y/o grupos observados, las técnicas cualitativas se orientan (de modo intencionalmente específico) a captar (de forma concreta y comprensiva), analizar e interpretar los aspectos significativos diferenciales de la conducta y de las representaciones de los sujetos y/o grupos investigados. Por ello mismo, este enfoque cualitativo, inherente a la investigación motivacional profunda, exige precisamente la libre manifestación por los sujetos encuestados de sus intereses informativos (recuerdo espontáneo), creencias (expectativas y orientaciones de valor sobre las informaciones recibidas) y deseos (motivaciones internas conscientes e inconscientes). Los discursos espontáneos (supuestamente) libres así producidos por los sujetos y/o grupos encuestados sometidos a una adecuada reducción “semiológica”, y convenientemente analizados, hacen emerger, más allá de su apariencia informal, relaciones de sentido complejas, difusas o más o menos encubiertas —relaciones que sólo se configuran en su propio contexto significativo global y concreto—»²¹.

Por lo que se refiere al segundo punto, se puede afirmar que las técnicas cualitativas representan un proceso de intervención: «mediante el cual el investigador, después de haber elaborado el sentido central de una acción colectiva, observa cómo el actor mismo está siendo modificado en su comportamiento por el reanálisis de su acción a partir de la hipótesis introducida o formulada por el investigador»²². Así técnicas que van desde la

²¹ ORTÍ, «La apertura y el enfoque cualitativo...», art. cit., p. 177.

²² Alain TOURAINE, «Introducción al método de la intervención sociológica», en *Estudios Sociológicos del Colegio de México*, vol. 4, núm. 11, mayo-agosto 1986, p. 206. Touraine le da un significado bastante más restringido que el que le damos nosotros aquí al concepto de intervención sociológica —él lo utiliza como método específico y característico en el estudio de los movimientos sociales—; sin embargo, creemos que sus apreciaciones son totalmente correctas en el contexto que las estamos utilizando aquí. Para contextualizar de una manera más general lo que Touraine llama intervención sociológica dentro de los planteamientos globales de la «sociología de la acción», véase Alain TOURAINE, *Le retour de l'acteur. Essai de sociologie*, París, Fayard, 1984, pp. 197-217.

entrevista en profundidad —análisis de un discurso libre y espontáneo que busca determinar la ideología y orientación de la conducta de sujetos típicos— hasta la *discusión en grupo* —que pretende analizar las representaciones colectivas ideológicamente condicionadas que surgen en los diversos microgrupos representativos de los diferentes macrogrupos o clases²³—, pasando por técnicas directamente inscritas en el campo de la antropología (la observación participante, por ejemplo) o la psicología (la *action-research* y todas sus posteriores variantes: pedagógicas, organizacionales, institucionales, etcétera)²⁴, si por algo se caracterizan es por adoptar una visión penetrante de la realidad social y de las interacciones tanto *conscientes* como *inconscientes* entre el observador y el objeto tratando de abandonar la idea, por lo menos en su versión más ingenua, de que la situación fundamental en la ciencia social es la observación externa de un grupo social por un experto y sustituyéndola por la idea alternativa de que esta operación es en realidad una interacción entre los dos, hasta el punto en que cada uno es simultáneamente observador de sí mismo y objeto de observación para el otro²⁵. Por lo tanto, según Lapassade, frente a «la posición del sociólogo experto en términos que significan la *distanciación* con respecto al objeto. El análisis institucional opone en cambio, a la *distanciación*, la *implicación* del analista (...) El analista es siempre, por el mero hecho de su presencia y aun cuando lo olvide, un elemento del campo (...) Cuando practicamos el socioanálisis trabajamos en el nivel de la represión colectiva e histórica. Intentamos obtener merced a un comportamiento *construido* el equivalente (artificial) de lo instituyente que se lanza a hablar cuando se despeja la represión»²⁶.

* * *

Para finalizar esta reflexión quizá convenga que, cuando menos, apuntemos ciertos límites y obstáculos epistemológicos que irremediablemente aparecen con la utilización sociológica de las principales herramientas metodológicas de las que hasta ahora se ha servido el enfoque cualitativo. Así, si tenemos en cuenta que el *corpus* fundamental de la visión cualitativa en sociología se construye a partir de dos disciplinas —*el psicoanálisis* y las ciencias del lenguaje, en especial *la semiología*— que tienen estatutos teóricos propios y objetos de conocimiento específicos, así como una innegable autonomía en la aplicación de cada una de ellas, entonces nos daremos

²³ El estudio más profundo que conocemos sobre el grupo de discusión se encuentra en el imprescindible libro de Jesús IBÁÑEZ, *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: teoría y crítica*, Madrid, Siglo XXI, 1979.

²⁴ Para un seguimiento en extenso de los diferentes tipos de intervención pueden verse René LOUREAU, *El análisis institucional*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975, y Georges LAPASSADE, *Socioanálisis y potencial humano*, Barcelona, Gedisa, 1980. Con carácter de síntesis, el ya citado *Claves de la sociología*.

²⁵ Georges DEVEREUX, *L'angoisse et la méthode dans les sciences du comportement*, París, Flammarion, reimp. 1982, p. 375.

²⁶ LAPASSADE, *Socioanálisis...*, op. cit., pp. 107 y 151, respectivamente.

cuenta que su paso al análisis sociológico no puede, o al menos no debe, ser —como desde ciertas escuelas se ha pretendido— automático y absolutizador, sino problemático y relativo.

En cuanto al psicoanálisis y sus más o menos difíciles relaciones con la sociología, creemos que Roger Bastide plantea con claridad el primer problema que se presenta en el acercamiento de las dos disciplinas cuando resalta la radical diferencia de enfoque entre la investigación sociológica y la investigación psicoanalítica de la realidad humana:

«La primera parte de la acción, y de la acción histórica; la segunda de la afectividad, y de la afectividad individual. No hay otra historia explicativa posible que la del individuo. La primera busca homologías entre las estructuras de las visiones o expresiones mentales y las estructuras de las clases sociales. La segunda entre las funciones de los sistemas del mundo y las tensiones de los sistemas educativos... La primera parte de las relaciones interindividuales en sus realidades concretas, de las que la visión del mundo será expresión. La segunda descubre lo general en una abstracción, es decir, alejándose de lo concreto, para buscar una personalidad básica»²⁷.

Entonces habrá que convenir que si el psicoanálisis es incapaz de dar, por sí mismo y en una práctica restrictiva, una explicación de los *hechos sociales*, su concurso resulta imprescindible para dar cuenta del funcionamiento de ciertas esferas de la realidad social, siempre y cuando tengamos en cuenta que la colaboración entre sociología y psicoanálisis sólo es posible a partir de la renuncia a la confusión de ambas disciplinas, a sus terrenos de exploración, a sus niveles de comprensión y a sus campos de explicación; estos niveles están encajados y escalonados²⁸. Lo importante es descubrir la *articulación* entre ellos, nunca reducirlos metodológicamente el uno a otro. Por este motivo, un autor solvente en el estudio de la obra de Freud y la práctica psicoanalítica resalta, con gran razón a nuestro modo de ver, el carácter *analógico* —sólo analógico— de las interpretaciones psicoanalíticas de la sociedad y la cultura con relación al psicoanálisis clínico puro del sueño y de la neurosis. «El fanatismo comienza —dice Ricoeur— cuando se olvida este carácter solamente analógico y se lo reduce a una identidad»²⁹. De esta forma concluye nuestro autor:

«En este nivel, el de la producción de los efectos de sentido, es el que se podrán coordinar otras interpretaciones con el psicoanálisis; pero esto

²⁷ Roger BASTIDE, «Para una cooperación entre el psicoanálisis y la sociología en la elaboración de una teoría de las visiones del mundo», en AA. VV., *Sociología contra psicoanálisis*, Barcelona, Martínez Roca, 1974, p. 196.

²⁸ *Ibidem*, p. 207.

²⁹ Paul RICOEUR, «Psicoanálisis y cultura», en AA. VV., *Sociología contra psicoanálisis*, op. cit., p. 212.

será a partir de otras hipótesis de trabajo, susceptibles de desempeñar con relación al objeto cultural y sus efectos de sentido, el mismo papel organizador que la semántica del deseo (...) En el mismo campo de la semántica del deseo, la sintaxis de las transformaciones hace surgir una creación de sentido que no puede explicarse sólo por los mecanismos psicoanalíticos de distorsión. Acabamos de enfrentarnos ni más ni menos que con las dificultades propias del concepto freudiano de sublimación; esto es el conjunto de todos los efectos de sentido que no se dejan explicar por la analogía con el modelo inicial. Ahí es donde otras interpretaciones, sociológicas o de otra clase, marxistas o no, pueden articularse»³⁰.

Por lo que se refiere al tema de la metodología sociológica y la teoría lingüística, el tema se plantea en términos muy parecidos a lo que hemos visto para el psicoanálisis, pero quizá por la especial aceleración que en una época reciente experimentó la producción de trabajos semiológicos y/o semióticos y la audiencia masiva del estructuralismo lingüístico francés, el problema aquí se agudiza, sobre todo por la pretensión de ciertas escuelas y autores de teorizar una especie de «todo es lenguaje» o, si se quiere, de convertir la sociología en un residuo secundario y banal de una omnipotente y universal metodología lingüística que no sólo la presupondría, sino que la comprendería y asumiría.

Se ha llegado así a traspasar a todos los campos de la sociedad y la cultura, tuvieran o no un soporte lingüístico, toda la metodología que arrancaba de Saussure o de Charles Sanders Peirce (el padre norteamericano de la semiótica), ideada y desarrollada originariamente al estudio de las lenguas naturales que eran el marco adecuado y exacto de utilización³¹. Se acuñó, por consiguiente, el concepto de «sistemas semióticos secundarios» cuyos elementos simbólicos funcionarían igual que palabras y su código como un lenguaje y nos encontramos con una hipótesis lingüística de todo fenómeno social, hasta el punto de acabar por explicar cualquier hecho social por sus efectos simbólicos y de acabar identificando lo social con lo semiológico. Todo empezaría y acabaría en un juego de los signos combinándose según un código lingüístico que reproduciría interminablemente la red de posiciones sociales.

En este sentido se puede hablar de un *pansemiologismo* que observa

³⁰ *Ibidem*, pp. 211 y 215, respectivamente.

³¹ Véase esta idea desarrollada magníficamente por Jordi LLOVET, *Ideología y metodología del diseño*, Barcelona, Gustavo Gili, 2.ª ed. ampliada, 1981, pp. 91 y ss. Para una diferenciación en profundidad entre, por un lado, la herencia saussureana, dominada por un modelo binario del signo, y, por otro lado, un pensamiento ternario sobre la significación que arranca con Peirce y continúa con toda la semiótica anglosajona, véase Eliseo VERÓN, *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*, Buenos Aires, Gedisa, 1987, pp. 89-150.

cada proceso social como un proceso únicamente comunicativo y significativo en cuanto que funciona como signo lingüístico más o menos perfecto, de esta forma el signo crearía la relación social, y no al contrario. Frente a este abuso literal de los análisis semiológicos se han alzado voces razonables desde diferentes ámbitos teóricos y prácticos que, creemos, sitúan el tema en términos más justos.

Ortí, por ejemplo, insiste en una *interpretación pragmática* de los discursos simbólicos en que se relacione siempre —desde la práctica concreta y particular del investigador y no desde un teoricismo ahistórico— lo que el sistema de signos «dice» con lo que las *prácticas sociales efectivas* explican: «lejos de reducir al “sujeto que habla” a un simple “sujeto de la lengua” (*pansemiologismo*) o a un sobredeterminado “sujeto del deseo” (como en la terapia psicoanalítica), el análisis *sociológico y pragmático del discurso* ha de referirlo, en último término, a los procesos y conflictos sociales reales de la situación histórica que lo engendra y lo configura»³².

La afirmación que acabamos de recoger, realizada pensando en las prácticas y actuaciones cotidianas de las investigaciones sociológicas cualitativas se asienta, sin embargo, en profundos pilares teóricos. Pilares como los que establece Narciso Pizarro cuando afirma que el hecho de hablar significa más que el significado de los enunciados: significa la relación social reproducida, pero no reductible a ellos³³; o los que desarrolla Perry Anderson al asegurar que: «un acto de habla individual no puede más que ejecutar ciertas leyes lingüísticas generales para ser comunicación. Pero al mismo tiempo las *leyes* nunca pueden explicar el *acto* (...) El sistema lingüístico proporciona las *condiciones* formales de *posibilidad* del habla, pero no tiene jurisdicción sobre sus verdaderas causas»³⁴.

Pero en todo caso, y para finalizar este tema rápidamente, nos gustaría hacer dos precisiones sobre las relaciones entre semiología y sociología que nos parecen independientes del alcance explicativo o la potencia de análisis que tenga por sí misma la semiología, o cualquier escuela derivada de la lingüística estructural; alcance sobre el que, por cierto, tampoco se ponen de acuerdo, lógicamente, los propios semiólogos estrictos³⁵.

³² ORTÍ, «La apertura...», art. cit., p. 166.

³³ NARCISO PIZARRO, *Metodología sociológica y teoría lingüística*, Madrid, Comunicación/Alberto Corazón Editor, 1979, p. 237 y *passim*.

³⁴ PERRY ANDERSON, *Tras las huellas del materialismo histórico*, Madrid, Siglo XXI, 1986, p. 56.

³⁵ Véase, por ejemplo, la magnífica defensa que hace el lingüista francés Georges MOUNIN de la semiología entendida en un sentido estricto en su sólida monografía titulada, con demasiada modestia, *Introduction à la semiologie*, Barcelona, L'Asymétrie, 1971. En la presentación dice con contundencia: «La semiología queda suficientemente delimitada cuando se habla de ella como de la ciencia general de todos los sistemas de comunicación. De esta forma se opone, por razones teóricas y metodológicas, a los intentos de aplicar, quizás un poco miméticamente, sus operaciones a toda clase de objetos, sin que se haya demostrado previamente que lo que se estudia sea un tipo de comunicación, sino simplemente un conjunto de hechos significativos. Por tanto, vamos a presentar aquí solamente

En primer lugar, parece evidente que ya es imposible e inútil negar el importante papel que deben tener los elementos de análisis semiológico en la formulación de explicaciones sociológicas; los interesantísimos resultados están ahí, y aunque existan dificultades lógicas para aplicar y generalizar una disciplina cuyos presupuestos originales se destinaban casi exclusivamente a los lenguajes naturales, es *imprescindible* su utilización en cualquier espacio social en que se concentren y articulen sistemas de signos, evocaciones simbólicas o mensajes icónicos.

Lo que constituye verdaderamente el problema es la segunda parte del proceso (que ya menos autores se atreven a emprender), esto es, la *absolutización* de lo simbólico hasta el punto de *recubrir o anular* cualquier otra función de lo social. La semiología —desde esta distorsionada perspectiva— propone una lectura de significantes, pero jamás es capaz de ofrecer una genealogía de los significados; ve en todas partes el sentido o la ideología sin establecer los mecanismos materiales que los generan, y acaba convirtiendo la sociedad en, únicamente, un conjunto de externos mecanismos de integración ideológica.

Semiología y sociología hallan su punto de encuentro en un lugar más modesto, pero más realista, menos absolutizador, pero más contextualizador:

«Pudiendo ampliar y profundizar su *interpretación del sentido del discurso* con aportes de la metodología analítica semiológica y de la concepción antropológica psicoanalítica, la función del *sociólogo/intérprete ideológico* es a la vez más modesta y menos rigurosa (no está determinada por una teoría general del lenguaje, ni por una teoría “profunda” de la personalidad), pero también más realista y pragmática: porque en la *práctica de la interpretación y análisis mediante técnicas cualitativas del discurso*, la función del sociólogo —como la del historiador— se reduce a relacionar la *orientación ideológica de los discursos con la génesis y reproducción de los procesos sociales*. O lo que es lo mismo, *el contexto de su interpretación* está representado por una visión global de la *situación y del proceso histórico* en que emergen los *discursos ideológicos* analizados (o si se prefiere, por emplear la célebre fórmula leninista, por el “análisis concreto de la situación concreta”)³⁶.

un primer inventario de lo que es la *semiología de la comunicación*, lo que se llama —precipitadamente, sin duda— *semiología de la significación*, o bien abarca simplemente la teoría del conocimiento, la epistemología, o bien estudia, con una herramienta que no está hecha totalmente para esa tarea, las significaciones específicas de los hechos sociales...»

³⁶ ORTÍ, «La apertura...», art. cit., p. 166.

CRITICA DE LIBROS